Armando Pereira, *Una España escindida: Federico García Lorca y Ramiro de Maeztu*, 2003, México, UNAM-FCE, 101 p.

Tal vez ningún otro conflicto bélico haya tenido, en el siglo XX, repercusiones tan contradictorias como la Guerra civil española: desde la gestación de la Segunda guerra mundial hasta el exilio de cientos de españoles a países como México, esta Guerra, producto de la polarización ideológica en que vivía España, de la pugna de intereses opuestos, tuvo también repercusiones en el mundo intelectual y artístico. Se trata de una Guerra que, históricamente, va más allá de la misma historia en tanto recuento de sucesos políticos y sociales, para insertarse en el aparentemente desinteresado campo del arte y de la intelectualidad. Digo ‘aparentemente’ porque, en efecto, el intelectual desempeñó un papel de primer orden.

Es justamente este papel el que aborda Armando Pereira en su libro *Una España escindida*. A partir de las figuras emblemáticas de Federico García Lorca y Ramiro de Maeztu y Whitney, el autor ha estructurado una imagen novedosa de la Guerra civil española: “Las piezas ya estaban ahí –dice Pereira–, sobre la mesa, participando de otras múltiples combinaciones, y a mí sólo se me ocurrió armarlas de otra manera”, y también: “Los asesinatos de Lorca y Maeztu estaban ahí, entrelazados, confundiendo sus signos, como un símbolo afrentoso, como una escarnecedora metáfora, de lo que había sido España, sí, pero sobre todo de lo que ya irremediablemente sería desde entonces, por un largo tiempo.”

En el primer capítulo, Pereira despliega una visión panorámica, un repaso por la vida literaria y, en general, cultural de la España de mediados de los años treinta. Tanto la intelectualidad de izquierdas como la de derechas son analizadas desde una visión objetiva y al mismo tiempo impregnada de esa intensidad con que construye su texto el narrador o el ensayista profundamente comprometido con el mundo que desea expresar. El narrador-ensayista nos pasea por una vida intelectual alejada del pueblo (si exceptuamos actitudes como las de García Lorca o Max Aub), pero, al mismo tiempo, se detiene en el pueblo: “Mientras la intelectualidad española pasaba los días

RESEÑAS

y las noches entregadas a sus alegres o sesudas disquisiciones ‘tertulianas’ –afirma el autor–, la gente del pueblo estaba en otra parte, ocupada en cosas muy distintas [...] estaba en las calles manifestando su urgente voluntad de cambio, su deseo de asumir el protagonismo histórico que la brecha democrática en teoría debía ofrecerles.” Pereira reconstruye un mural político, social y literario, y al mismo tiempo sintético y ameno, de lo que fue el contexto de la época: las izquierdas divididas, la situación de los comunistas, socialistas, anarquistas y conservadores; las derechas que cerraban filas y una España caótica que tenía que estallar. “Dos Españas –dice el autor–, las dos en una dimensión semejante y con la misma fuerza, sacándose las uñas y los dientes una a la otra.”

Como ya lo sugerí, Armando Pereira no se dedica exclusivamente a exponer o a explicar: también narra, y al narrar piensa en un público general, que saborea, más allá de las síntesis o resúmenes, las esencias descritas por la mirada del artista-investigador. En efecto, ni el artista vence al académico ni el académico aniquila al artista. Pereira ha sabido hurgar en las fuentes, desde Muñón de Lara hasta el ya clásico Hugh Thomas, pasando por Enzo Cobelli, Pietro Nenni, Ian Gibson y Claude Couffon.

224

En una historia más detallada, se extrañarían libros como los cuatro tomos de *Guerra y Revolución en España (1936-1939)*.^{*} Pero en la exposición concisa de *Una España escindida*, dichos libros e investigaciones no tienen cabida: no se trataba de alargar la investigación ni de presentar una *historia* distinta. Para beneficio del lector común y de la intensidad y amenidad, el escritor eligió la economía de lenguaje y de fuentes. Como el narrador que es, Armando ha sabido tejer, con la pasión del artista, un telón de fondo en su “Presentación”, telón que le servirá para hacer aparecer a sus dos protagonistas a través de una técnica similar a la de Plutarco. Sin embargo, aquí no se trata de ‘vidas paralelas’, sino antagónicas, opuestas, que de algún modo representan, a nivel individual, ese telón de fondo. La representación y la reflexión en torno a las vidas y muertes de García Lorca y Maeztu van más allá de la mera función biográfica o historicista: hay una contemplación estética que conjuga a estos artistas no sólo con sus pretensiones ideológicas o políticas, sino sobre todo con sus *poéticas*, con sus formas de plasmar el pensamiento.

El esfuerzo de síntesis, como podemos apreciar, es notable: una situación histórica tan compleja expuesta, sin embargo, con amenidad, tenía para

^{*} 1967, Moscú.

RESEÑAS

sostenerse –y conservar e intensificar tal amenidad– los dos ejes sobre los que versa el libro: Federico García Lorca y Ramiro de Maeztu. Pereira no se contenta con repetir, reproducir o simplemente exponer la historia social, sino que, más aún, pone en relieve, entre el maremágnum, la voz de los intelectuales y sus actitudes frente a los hechos, por lo que lentamente, desde el texto introductorio, los personajes se van perfilando, van desembocando en esas dos actitudes individuales (y también colectivas) a que se refiere el título.

Apoyándose sobre todo en Gibson y en la prensa de la época, Armando Pereira devuelve a Lorca su profundo compromiso político, que las derechas franquistas trataron de negar durante décadas; repasa la figura de este poeta, pero también la de sus asesinos, la ‘escuadra negra’. Lo mismo hará al llegar a la menos conocida personalidad de Maeztu. Al elaborar su recorrido por la vida intelectual y la muerte del autor de *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, Armando pone en relieve un hecho incuestionable: los mismos métodos criminales eran practicados tanto por las derechas como por las izquierdas.

Cuando analiza al Maeztu nietzscheano, quien principalmente toma del filósofo alemán la idea del superhombre, sintetiza a la vez el cambio que se operó en el ensayista español: su conversión a la religiosidad y a la idea de que una España conservadora era la mejor alternativa:

En realidad, la España que Ramiro de Maeztu buscaba al final de su vida, y a la que dedicó la fuerza beligerante de su pluma en los últimos años, era aquella que estableciera una continuidad con la de los Reyes Católicos [...], la España imperial [...], la que había sometido a sus designios a un nuevo continente, la que había expulsado a judíos, árabes y gitanos de su territorio, la xenófoba, la del inquisidor Torquemada, la que obligaba a todo no cristiano a la conversión a una fe única bajo la amenaza de morir en las mazmorras inquisitoriales o en la hoguera, precisamente la España que Federico García Lorca había rechazado siempre.

Para Pereira, Maeztu nunca perdió la esperanza de salir de prisión porque no pasaba por su cabeza la idea de que un simple pensamiento disidente pudiera ser castigado con la vida, y mucho menos en una democracia. Lo que, para el autor de esta biografía comparada, precipitó la muerte de Maeztu

RESEÑAS

fue la confirmación del asesinato de Lorca. Si fue eso, tanto republicanos como conservadores cayeron en la misma intolerancia e intransigencia: “No es posible –dice Pereira– usar los mismos métodos criminales y seguimos declarando distintos.”

Si el libro se inicia con el contexto de la Guerra civil, en el “Epílogo” su autor retorna a ese mismo contexto, al final de la Guerra. A la España de Lorca, del Frente popular, a la España democrática que había perdido la guerra, sólo le quedaba el exilio o la persecución, la cárcel, el fusilamiento. Países como México, Francia, la Unión Soviética y la Argentina recibirían a los exiliados. Y a pesar de la victoria de los aliados después de la Segunda guerra mundial, la imagen de la España escindida permanecerá prácticamente hasta el deceso de Franco, a mediados de los años setenta. Aunque también dentro de la España franquista hubo una literatura que se enfrentó a la dictadura, más de cuatro millones de españoles emprenderían el camino del exilio. Pereira menciona a algunos escritores paradigmáticos en este sentido. A mi juicio, le faltó nombrar a un dramaturgo que considero imprescindible, sobre todo por su alegórico drama *La mordaza*, representación de un patriarcado feroz en el seno de un microcosmos. Me refiero a Alfonso Sastre y al grupo que fundara en los años cincuenta, con José María de Quinto, el Teatro de Agitación Social (TAS). Además, Sastre visitó Cuba en 1964 debido a su admiración por Fidel Castro, gesto eminentemente antifranquista.

226

Por último, no quiero concluir esta nota sin acotar que *Una España escindida*, sobre la intelectualidad dividida, aparece en México cincuenta años después de una obra ya poco recordada, pero que merecería serlo: *Cadetes mexicanos en la Guerra de España*, de Roberto Vega González. Aparece también poco después de *Cota 666*, de otro hijo de españoles, el mismo miembro de las Brigadas Internacionales, que luchó en la Batalla del Ebro: Juan Miguel de Mora. El libro de Armando y *Cota 666* ofrecen dos visiones totalmente distintas de la Guerra: el de De Mora, una visión autobiográfica, personal, de los horrores en el campo de batalla; el de Pereira, el despliegue de una pugna intelectual e ideológica que marcó la fisonomía de toda una nación.

JUAN ANTONIO ROSADO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM/
Centro de Lenguas, ITAM